

*El acontecimiento será
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

Edita

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.pangea.org/~spie>

Correo electrónico:

iem@pangea.org

Consejo de redacción

Luis A. Aranguren Gonzalo

Ángel J. Barahona

Antonio Calvo (*Presidente
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Mercedes Muñoz

Manuel Sánchez Cuesta

Andrés Simón

Rafael Ángel Soto

Colaboradores

Jesús M^a Ayuso (Extremadura)

José M^a Vegas (Rusia)

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones, publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Impresión: Palgraphic, S. A. (Humanes de Madrid)

Diseño y producción:

La Factoría de Ediciones, S. L.

Servicios Editoriales

Conde de Xiquena, 15 - 2ª dcha.

28004 Madrid

Teléfono/Fax: 91 310 40 98

Editorial

Un sentido para España

¡Tierra que vas a los mares
de sola tu luz vestida,
temblorosa de cantares!

Dámaso Alonso

En el ocaso del siglo XIX, las crisis nacionales obligaron a las mentes más lúcidas y honestas de España a plantearse el ser y la finalidad de una nación que dejaba de ser imperio. La nostalgia de un pasado grandioso, la decepción de la derrota, la incapacidad para cualquier empresa y el escepticismo respecto al futuro, coincidían para dejar al pueblo español desmoralizado y sin fe en sí mismo. Valga como resumen de un siglo desgraciado la frase atribuida a Cánovas de que sólo era español el que no podía ser otra cosa.

A pesar de todo, hubo un esfuerzo por encontrarle un sentido a España. Difícil sentido, más fácil era sucumbir al pragmático «sálvese quien pueda». Ganivet formulaba paradójicamente el problema: «España es una nación absurda y metafísicamente imposible, y el absurdo es su nervio y principal sostén. Su cordura será la señal de su acabamiento». El problema era salir de la locura, la de un sueño real como el del Segismundo despoético, pero no por la cordura de un pragmatismo vulgar. La salida debería ser noble como la de don Quijote, en el fondo de cuya locura latía el corazón de Alonso Quijano el Bueno (no el sabio, diría Unamuno).

Descartada la tibieza y la picaresca, había que elegir entre locuras. Un siglo después, la mitad bajo régimen de dictadura, después de una guerra civil que culminaba cien años de violencias y

guerras inciviles, nos preguntamos si hemos encontrado esa salida. Si, después de veinte años de democracia formal, hemos salido de la locura, hemos entrado en la cordura del acabamiento o, por el contrario, hemos optado por la locura de la bondad. Dos cuestiones hay que contestar inevitablemente: *¿Somos, o queremos ser, una verdadera comunidad nacional? ¿Cuál es nuestro papel en el devenir de la humanidad?*

Ya se sabe que hay una religión de la patria, y la forma en que ésta se practica o se deja de practicar nos hace pensar que profesamos falsas religiones. Por un lado, el paganismo nacionalista –pagus, en latín, es «aldea»– de escatología excluyente. Por otro, el panteísmo europeísta de «la OTAN de los cañones y del Mercacomún de las mantequillas», con su escatología disolvente que promete, en el pseudonirvana del euro, el cese de todos los egoísmos nacionales al fusionarse los egos colectivos en un ego más grande... ¡Como si la unión de los egoísmos no fuera un egoísmo y una locura más grande!

Para Unamuno hay una patria del sentimiento, y hasta sensitiva, la que abarcan los sentidos inmediatamente, que se revela a los afectos, y otra intelectual, que se revela a la inteligencia, que requiere el esfuerzo de abstracción, la comprensión de la complejidad de las relaciones sociales más amplias y la memoria histórica. Pues bien, en nosotros el divorcio de los sen-

timientos y la inteligencia está en la raíz de nuestros males. Los sentimientos más o menos manipulados se han encauzado hacia un aparente espiritualismo autonomista, mientras la inteligencia, encerrada en el materialismo economicista, en un exceso de abstracción se ha puesto al servicio del neocapitalismo, quintaesencia de la Unión Europea.

Es verdad que hay un nacionalismo que es pedagogía necesaria para los pueblos, que cumple una función unificadora y sinérgica por medio de la cual los pueblos posttrados y oprimidos se levantan de su siesta, o se ponen en marcha para salir de la esclavitud. Todavía es necesario un nacionalismo de los pobres en la humanidad y, por desgracia, incluso en España. Pero entre nosotros el nacionalismo suele ser narcisista –con mayor éxito, cuanto más rico–, sólo tiene ojos para la pequeña diferencia sobre la que construye su presunta y presuntuosa superioridad, cáscara de los amargos frutos del instinto, el interés y el privilegio. A veces coquetean y chantajejan con el estatismo, caen y recaen en la vanidad colectiva que sólo puede dar de sí frivolidad y frustración. Con su pequeñez quieren constituir su *grandeur*, espejismo e ilusión vendidos por políticos a la búsqueda de una clientela o por visionarios que no ven que el viento de la historia se llevará como humo tales sueños.

Locura astuta y pícara, falsa salida que ha convertido la península en archipiélago de subestados autonómicos, disimétricos y jerarquizados, multiplicando como hongos las burocracias, los leguleyos y los políticos parlanchines. Todo es na-

cionalidad, nacionalidad de nacionalidades, vanidad de vanidades, necesidad de necesidades, mientras un infinito número de pueblos hambrientos que no tienen más bandera que su hambre serán, probablemente, las etnias que heredarán esta tierra y el resto de Europa.

Para nosotros, la nación es una meta volante pero no una meta final, es un paso en el movimiento de ascenso que va de la persona a la humanidad entera. Por eso estamos con Gandhi: la persona ha de sacrificarse por la aldea, la aldea por la provincia, la provincia por la región, la región por la nación y la nación por la humanidad. Por tanto, sólo nos interesa el patriotismo si es ministerial, es decir, de servicio, pero no servil, que lo es cuando mira al favor de los ricos, en nuestro caso de Europa o de los Estados Unidos, como lo interpretan nuestros insignes políticos doblando la rodilla en la Casa Blanca o en Bruselas. Deberían tomar buena nota de la dignidad de Nelson Mandela ante Clinton, negándose a romper con los enemigos del imperio americano.

Por tanto, decimos, con Mounier, que *«no existe para el personalismo ninguna política exterior»*, pues nada humano nos es ajeno. No es posible ser demócratas hacia dentro y, al mismo tiempo, ser la sombra de un imperialismo que mata a media humanidad por el hambre y la guerra. Un almirante español, días antes de la guerra del Golfo Pérsico, declaraba que sería un deshonor para España no participar en ella. Confundido con el petróleo, encomendado a los militares, el pobre honor español va de estrecho en estrecho, del de Gibraltar al de Ormuz, cada vez más lejos.

¿Cuánto tardará España en participar en guerras imperiales? De seguro lo que tarde en tener un ejército profesional. Triste trayectoria de un siglo: enfrentarse a un imperio para terminar por servirlo.

España no tiene que elegir entre servicio militar o ejército profesional, sino entre la locura absurda de la política militarista y la locura buena del desarme multilateral y la solidaridad con los pueblos del Sur.

Hace unos días dos mujeres desarmadas, dos religiosas españolas secuestradas en Ruanda, daban una medida del honor y del valor muy diferente a la que estamos acostumbrados. Hubo unanimidad en la admiración y en la aprobación de esta clase de presencia española en el mundo. Si esta acción gratuita y solidaria es la que nos enorgullece, ¿por qué hacer del mercantilismo y el militarismo el eje de la política internacional?

Desde aquí proponemos otra salida de España al mundo, más quijotesca, más proclive a «desfacer entuertos» que amenazan la paz del mundo y la vida de los más débiles, sin olvidar los que flagelan nuestra propia sociedad. Proponemos optar por la locura de la alineación con los pueblos del Tercer Mundo, comenzando por Iberoamérica, para la creación esforzada de la *democracia planetaria* y para realizar la *distribución justa de las riquezas y las rentas a escala mundial*.

Es ésta una locura razonable, un proyecto necesario que, a estas alturas de la historia, es el único capaz de dar dignidad a una nación. Y, como es lógico, cualquier nación que busque lo contrario creemos que más vale que deje de existir, pues no tiene sentido.